

# LA GUERRA ENTRE LOS SEXOS: ARPAS BLANCAS, CONEJOS DORADOS, DE LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ<sup>1</sup>

Myra S. Gann

State University of New York at Potsdam

**E**N LA PRODUCCIÓN DRAMÁTICA DE LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ, COMO EN EL teatro clásico español, la mujer a punto de casarse es un motivo de interés constante. Y con la excepción, tal vez, de la muchacha de *Pavana de Aranzazú*, la situación de las mujeres en cuestión es angustiante, insoportable, casi trágica. Razones no faltan para sus sentimientos y temores: por lo general sus familias las casan por conveniencia, en contra de su voluntad, a veces para deshacerse de ellas. Y lo que es tal vez más terrible para ellas, los matrimonios que ven a su alrededor no son nada felices. En estas obras hay hombres borrachos, machistas, irresponsables y deshonestos. Las mujeres suelen ser un poco más admirables, pero no mucho. El problema está en la estructura profunda de la sociedad, en su rigidez, en la falta de comunicación entre el bando de las mujeres y el de los hombres: la culpa la tenemos todos, pues. Y en donde todo esto se ve mejor, creo, es en una de las obras de Hernández más cuidadosamente estructuradas, *Arpas blancas, conejos dorados*, estrenada en 1959, publicada cuatro años después.

Al principio de esta obra algo farsica, las mujeres viven en una casa y los hombres en otra, gracias a una serie de malentendidos y rencores que forman la base de los antecedentes. La guerra entre la primera generación de personajes, es decir, la abuela Valentina y el abuelo Constantino, data desde 15 días después de que se casaron, cuando él le trajo una serenata "con una mujerzuela entre los brazos" (660), aparentemente la primera de una serie de amantes que tendría. Desde ese momento abuela Valentina dejó de dirigirle la palabra a su marido, pero siguió viviendo a su lado, y ellos tuvieron dos hijos, Elena y Constantino. Años después el abuelo trató de casar a Elena con un hombre que prometía ser un buen socio para él; la hija, quien se había mostrado dócil y medrosa hasta ese momento, se desesperó, fugándose con un joven profesor pobre, con quien tuvo a Jacinta; Elena murió dos años después en un cuarto de azotea "inmundo". La abuela se trajo a Jacinta a la casa patriarcal y ha jurado impedir que ella cometa la tontería que cometió su madre. De manera que hasta el momento de iniciarse la obra, Jacinta ha vivido encerrada en una casa muy apartada y nada accesible al mundo de afuera; sólo sale para asistir a la escuela. Es acompañada y atendida por Consuelo, la criada, quien nació el mismo

día que ella y como ella perderá su virginidad la misma noche, pero claramente tiene otro destino por pertenecer a otra clase social.

Constantino, el otro hijo de la abuela Valentina y el abuelo Constantino, se casó con una mujer que al poco tiempo lo engañaba con otros. Como él y su esposa también vivían en la casa patriarcal, la abuela Valentina se daba cuenta del comportamiento de su nuera, pero mantuvo siempre un silencio al respecto. Cuando Constantino se enteró, se enfureció no sólo con su esposa sino también con su madre, quien según él debió habérselo dicho. Se divorció de su mujer, le retiró la palabra a su madre, siguiendo el ejemplo que había tenido en su casa desde su nacimiento: la manera de resolver los problemas matrimoniales allí fue siempre un simple retirar el cariño y la comunicación, y se fue a vivir a otro lado. Su padre aprovechó el momento para salir de la casa también, cansado, dice él, de las constantes agresiones de su mujer. Padre e hijo viven juntos desde entonces, pero la vida del hijo es un infierno, ya que el padre lo trata tan mal como había tratado a su madre, con una dosis adicional de insultos a su masculinidad. El abuelo Constantino es un hombre caricaturescamente tacaño, machista, y verbalmente abusivo hacia los demás.

Hay un tercer Constantino, el hijo de Constantino II y su mujer pérfida. El muchacho habría sido adolescente cuando vino el divorcio de sus padres; desde entonces se ha criado en un internado en Estados Unidos, tan aislado del mundo como Jacinta pero más abandonado, pues su madre lo ve poco y su padre jamás lo ha visitado. Las carencias emotivas que lo rodean se sienten fuertemente desde su primera entrada en escena; como los demás personajes, busca un fin a las distancias y los silencios que impiden que tenga contacto emocional con la gente.

Si nos hemos detenido largamente en una explicación de los antecedentes, es porque —otra vez—, como en el teatro clásico español— mucha de la obra consiste en un sutil descubrimiento de toda esa información. Cuando se abre el telón el orden en casa de las mujeres— la abuela, su nieta Jacinta, y Consuelo, la criada/contraparte de Jacinta— está a punto de romperse por dos motivos, los cuales corresponden a las dos intrigas que se van a entrelazar. Jacinta está esperando la llegada de Genaro, su maestro de matemáticas, a quien ha llamado con el pretexto de requerir clases particulares. En realidad, lo piensa seducir, creando así una especie de ironía sofocleana, pues el propósito de su encierro ha sido precisamente protegerla de todo contacto con los hombres pobres, malos partidos para el matrimonio; mientras que claro está que el encierro es lo que la ha frustrado tanto que ha ingeniado un plan para seducir al único hombre que conoce. Por otro lado, abuelo Constantino e hijo Constantino se han citado con la abuela Valentina con la idea de proponerle que casen a Jacinta con Constantino nieto, pues otra vez el abuelo tiene la idea de mantener dentro de la familia el control de la fábrica por medio de un matrimonio de conveniencia. Constantino nieto está en camino hacia la casa, llamado desde Estados

Unidos por su padre; no tiene idea de lo que le espera.

Por primera vez en siete años, la casa donde viven las tres mujeres es penetrada no sólo por un hombre sino por cuatro. Y lo que sigue es una comedia de enredos en la que Jacinta pierde su virginidad con Genaro pero repara finalmente en la futilidad de un futuro con él y vuelve al rebaño que es su familia y su clase social, pero con la plena conciencia de por qué lo está haciendo. Paralelamente, Consuelo seduce a Constantino II, restituyéndole a éste su confianza en sí mismo como hombre. Consuelo, como Jacinta, acepta su destino social, sólo que en su caso significa ser amante del amo sin esperanzas de matrimonio. Durante todo esto la abuela se percata de la presencia de Genaro en la casa y reprime su impulso de tratar de controlar a Jacinta como lo había hecho con Elena, mostrando así que los tiempos han cambiado y que los errores no tienen que repetirse infinitamente. Finalmente todos los personajes se reconcilian y deciden respetarse y no forzar a nadie a hacer lo que no le venga en gana. Abuelo Constantino y Constantino hijo mandan traer sus cosas a la casa para comenzar a vivir con sus parejas; Jacinta y Constantino III medio se caen bien y nos damos cuenta de que es posible que a la larga terminen haciendo exactamente lo que su abuelo planeaba, pero si así es, será porque así lo han querido ellos. Genaro ha regresado gustosamente a su mundo; los demás personajes terminan emparejados igual que —otra vez— en una comedia de Lope o de Calderón. Han terminado los silencios, los encierros y los odios, si no los malos caracteres y los conflictos rutinarios. Se ve que la lección de Elena ha sido bien aprendida, pues tanto la abuela como Constantino II escogen darles su libertad a los jóvenes, los conejos dorados del título de la obra.

La libertad es así un tema fundamental en la obra, y ayuda mucho a comprender la naturaleza de la guerra entre los sexos y entre las diferentes generaciones de personajes. Primero, es claro que la libertad ajena se debe respetar en los demás, sean éstos hombres o mujeres, jóvenes o viejos. Antes de vivir la noche loca que es esta obra, a los personajes de las dos primeras generaciones les han negado la libertad: a los jóvenes, haciendo que éstos vivan como conejos encerrados en jaulas con la idea de controlarlos supuestamente para su bien pero también por interés propio. Pero de ahora en adelante es claro que van a tratar de respetar su voluntad, especialmente la abuela, cuya toma de conciencia la ha hecho ablandarse en muchos aspectos. Como lo indica su nombre, la abuela Valentina es valiente y ahora dirigirá su energía y su valor a la defensa de los derechos de sus nietos y de sus propios derechos, en vez de callarse como en el pasado. El respeto del otro, de su poder decisivo, es absolutamente indispensable si los sexos y las generaciones se han de llevar bien.

Pero aún más importante que la libertad del otro es la libertad como libre albedrío, algo propio e inherente que tiene que ser ejercitado, agarrado, usado, aún si hacerlo significa desafiar a la autoridad, a la tradición o al mismo destino. La diferencia entre Elena y su hija Jacinta es una diferencia fundamental para nuestra

dramaturga. Elena murió en el proceso de desafiar la realidad que le había tocado; Jacinta ha sabido y sabrá manejar la situación más sabiamente, en parte porque los tiempos han cambiado pero también por lo que ella dice en el último parlamento de la obra: que es necesario “amar la realidad y comprenderla” (691). Dentro del destino que le ha tocado, ella sabrá encontrar la felicidad, sin permitir que los demás la controlen. Si aquí parece que hay una pequeña contradicción, no importa. Se trata de encontrar un equilibrio entre los impulsos y los sueños, por un lado; y la realidad y el destino por otro.

En este segundo aspecto la libertad está íntimamente ligada a los otros motivos recurrentes, el de los sueños y el del miedo. Jacinta le explica a Genaro que lo ha llamado precisamente para realizar un sueño, y que por eso mismo no puede arrepentirse de haberse acostado con él, pase lo que pase. De hecho, es gracias al haber dado rienda suelta a su sueño en vez de reprimirlo que ella al final entiende que no podrá repetir los pasos de su mamá. “No me veo en tu cuarto, esperando que llegues, procreando hijos” (687) le dice a Genaro cuando discuten su posible futuro juntos. Pero cuando le explica todo a su abuela, le dice muy significativamente, “Tengo el deslumbramiento de los sueños vividos (684)”. La represión de los sueños, junto con la opresión de sus padres, fue lo que llevó a Elena a tirar por la ventana todo lo que tenía; Jacinta no tendrá necesidad de hacerlo así.

Ahora bien, no es sorprendente que el miedo de ejercer el libre albedrío se asocie con los hijos de Valentina y del abuelo Constantino, ya que estos dos son de carácter fuerte e impositivo, siendo el abuelo un verdadero tirano. “Elena enloqueció de miedo” (644) dice Valentina de su hija difunta; y a su hijo, quien es acusado constantemente de débil, femenino, inútil y cobarde por su padre, le recomienda que cuando vea a Constantino III abandone la actitud temerosa que suele tener: “Sobre todas las cosas, no le temas, el temor engendra sospechas. Muéstrate libre, ansioso de tenerlo a tu lado...” (644) Afortunadamente, ni Jacinta ni Constantino III se han dejado educar por el miedo. La heroína de la comedia se expresa muy claramente en un diálogo clave que tiene con su abuela en el tercer acto:

No tengo miedo, abuela. Toda mi vida te he oído hablar del miedo. Mi madre tuvo terror de ustedes, de sus imposiciones, pero sobre todo tuvo miedo de la vida de ustedes. Creyó que iba a morir asfixiada de convencionalismo, de pretensiones y de siniestros pleitos sofocados en buenas apariencias. Yo no les temo. He traído un hombre a esta casa y he dormido con él. Eso rompe el encanto. No hay quien pueda obligarme a hacer lo que no quiero. (683)

Volviendo a la situación inicial de la obra en la que los hombres y las mujeres viven aparte protegiendo sus respectivos rencores y manteniendo a los jóvenes encerrados en sus respectivas jaulas, debemos observar que en realidad tampoco hay armonía en el interior de los dos bandos. En el lado de las mujeres, como hemos

visto, abuela Valentina no ha entendido las necesidades de su nieta, quien ha comenzado a mostrarse contraria a todo lo que dice su abuela (656); y Consuelo y Jacinta sienten envidia la una de la otra. En cuanto a los hombres, Constantino ya no aguanta las terribles agresiones de su padre y el padre no está nada feliz con la falta de sentimientos machos en su hijo. Luego llega Constantino III con su amargura y resentimiento, y se siente más la disensión en el bando masculino. ¿De qué sirve esta separación entre hombres y mujeres, entonces, si ni siquiera hace que los miembros de cada bando sientan la solidaridad de su grupo? Es claramente absurda, y basta una sola noche de contacto e interacción para que se derrumbe el muro que se había edificado entre ellos.

¿Y quién tuvo la culpa de que se construyera ese muro? Como suele ser el caso en casi todas las situaciones humanas, aquí todo el mundo culpa a los demás por su situación, su infelicidad y sus penas. Para la abuela Valentina, el abuelo Constantino es el culpable de absolutamente todo lo malo que le ha pasado, incluso de lo siguiente, que nos sorprende bastante: "...eres responsable de... mi entrega total a mis dos hijos y de mi total desolación al no tenerlos" (661). El abuelo Constantino le culpa a Valentina por haber tenido a su hijo totalmente atado a ella y por lo tanto haber hecho que no sea macho, fuerte, grosero como él. Constantino II culpa a su madre por lo que pasó con su esposa; y Constantino III culpa a su padre por haberlo tenido en el abandono absoluto durante casi toda su vida. Sólo Jacinta sabe que no tiene caso gastar tiempo culpando y señalando a los demás. La culpa cae sobre todos, casi por igual, y la conciencia de ello puede llevar a una mejora en la situación. Y por otro lado, tal vez nadie tiene la culpa. Tal vez sea el destino mismo lo que está determinando la felicidad e infelicidad de la gente, como la lluvia que hace que Genaro regrese a la casa esa noche (cuando éste se entera del plan de Jacinta, huye, pero tiene que volver porque una lluvia fuerte impide que llegue a la estación de tranvías). En todo caso, las mujeres deben ser fuertes e independientes hasta donde la vida se lo permita, pero no cerrarse al diálogo con sus contrincantes; y los hombres deben ver lo ridículos que son cuando tratan de vivir sin mujeres o de vivir controlándolas.

Ahora bien, una cosa es cierta y desconcertante a la vez: el amor no puede ni debe alterar el curso del destino social. Cuando Elena trató de hacerlo, murió, y la idea que se nos sugiere es que no estaba "preparada" para la miseria, pues su destino era otro. Consuelo y Constantino tampoco piensan romper el orden de las cosas tratando de legitimar su relación. Constantino propone un "piso" a Consuelo: ella se niega porque quiere estar más cerca de él. Deciden, entonces, que ella continuará trabajando de sirvienta en casa de los abuelos, donde su amorío tendrá que mantenerse en secreto: cada quien seguirá un destino que ha sido determinado por su nacimiento. Pero si en esto la obra parece pesimista o conservadora, en otros aspectos es optimista y progresiva. Primero, como ya vimos, la sensatez, valentía y amplitud de criterio de las mujeres prometen producir grandes mejoras en las relaciones humanas; y los hombres parecen querer abandonar algo de su soberbia y su tiranía para acomodar-

las. Además, como lo dicen los abuelos varias veces al verse por primera vez en siete años: “los tiempos cambian”. Hacia el final de la obra Jacinta observa que “la vida cambia, y no en un solo día. Hay que tener paciencia. La tendremos “ (690). Ahora, treinta años de la fecha de composición de esta obra, no creo que nadie quiera negar que las cosas sí cambiaron, tal vez no al grado que se hubiera querido, pero lo suficiente como para darles la razón a nuestros personajes en su afirmación de una posible solución a la guerra entre los sexos: la comunicación, la tolerancia y la paciencia.

<sup>1</sup> ponencia leída en la Séptimas Jornadas Internacionales sobre Teatro Latinoamericano, efectuadas en Puebla, México del 5 al 9 de julio de 1999.

Obra citada

Hernández, Luisa Josefina. *Arpas blancas, conejos dorados*. En *La palabra y el hombre* 28 (oct-dic 1963): 637-691.

